

Introducción

Estar muerto no es tan horrible. Sorprendente, cuando te pones a pensar en ello. O sea, parece que el asunto tiene aterrorizado a todo el mundo, que llora, gimotea y se pasa años de angustia meditando sobre la posibilidad del más allá. Y no obstante, aquí estoy en plácido reposo, silencioso, liberado del dolor, sin la menor preocupación en el mundo, sin hacer nada más complicado desde un punto de vista metafísico que recordar mi Última Cena: un excelente bocadillo de pastrami. Me lo trajeron, todavía caliente, hace tan sólo cuarenta minutos, cuando estaba sentado en una cómoda silla plegable, y recuerdo que me pregunté, ¿dónde encuentran en Miami un pastrami tan succulento en estos tiempos? El encurtido era también muy sabroso. Y sólo por mostrarme auténtico desde un punto de vista étnico, lo acompañé con una gaseosa de vainilla, algo que no probaba desde hacía mucho tiempo: delicioso. En conjunto, una experiencia culinaria que convertía el hecho de estar muerto en un inconveniente carente de importancia.

... si bien, para ser sincero, lo cual a veces es inevitable, estar tirado inmóvil sobre el pavimento estaba empezando a resultar un poco tedioso. Esperaba con todas mis fuerzas que me descubrieran pronto. La muerte no era suficiente para mantener la mente ocupada, y daba la impresión de que llevaba mucho tiempo allí. Sé que no parece lo primero de lo que debes quejarte cuando estás muerto (largas horas y ninguna posibilidad de trabajar), pero eso era lo que había. Me aburría. Y el pavimento sobre el que descansaba estaba caliente y empezaba a notar que era muy duro. Para colmo, había un charco de una asquerosa materia roja pegajosa alrededor de mí que me hacía sentir muy incómodo. Quiero decir que me habría hecho sentir incómodo de haber estado vivo, por supuesto. Pero como mínimo resultaba antiestético. Debía presentar un aspecto muy poco atractivo.

Otra extraña preocupación del recién fallecido, quizá, pero cierta. Me iba a convertir en un espectáculo poco invitador. Era inevitable. Es muy desagradable ver un cadáver cosido a balazos tirado en la calle bajo el sol de Miami, esperando en un charco de asquerosa materia roja y pegajosa a que alguien encuentre tu cuerpo, carece de toda dignidad. Y cuando descubrieran al fin mi pobre cadáver tiroteado, ni siquiera daría lugar a un verdadero torrente de sentimientos, a un sentido derroche de angustia y pesar. Claro que jamás había considerado las verdaderas emociones terriblemente conmovedoras, pero de todas maneras a uno le gusta que los demás lloren por él, ¿verdad?

Pero hoy no, nada de nada para el pobre Difunto Dexter. Al fin y al cabo, ¿quién podía llorar por un monstruo como yo? No, sería un mero paripé, incluso menos convincente de lo habitual, y yo, de entre todo el mundo, no podía quejarme. Había pasado toda mi vida profesional (y una buena parte muy gratificante de mi tiempo libre) entre cuerpos muertos. Sabía muy bien que la reacción más natural al descubrir un cadáver acribillado era algo así como: «Oh, qué asco», mientras tu Descubridor trasiega una bebida energética y sube el volumen de su iPod. Hasta eso era más sincero que el exagerado y vacío rechinar de dientes que se produciría cuando descubrieran mi lamentable cadáver. Ni siquiera podía esperar una clásica declaración de dolor y pérdida como «¡Ay, pobre Dexter!» Nadie dice «ay» en la actualidad. De hecho, dudo de que alguien sienta algo en la actualidad.

No, nadie sentiría pena auténtica por el Querido y Fallecido Dexter. Nadie es capaz de expresar pena por la sencilla razón de que nadie es capaz de sentirla. Puede que yo sea la única persona sincera en admitirlo, pero tampoco he visto jamás pruebas concluyentes al respecto. La gente es demasiado insensible y voluble, e incluso en el mejor de los momentos (y éste no lo es), tan sólo podía esperar un gesto de repugnancia ante la masa informe que era mi cuerpo (más o menos) humano, y una punzada de irritación por tener que lidiar con esa sensación. Y después, no me cabía duda de que la conversación se desplazaría al rugby, o a los planes para el fin de semana, y el recuerdo de mi emparedado de pastrami duraría más que la sensación de vacío de cualquiera ante mi prematura muerte.

Pero al fin y al cabo, no había alternativa. Tenía que sacarle el máximo partido y quedarme tumbado aquí como un salmón abumado hasta que me descubrieran, aunque pensaba que la cosa ya se estaba alargando demasiado. Llevaba expuesto al sol media hora como mínimo: ¿puede un cadáver sufrir quemaduras solares? Estaba seguro de que los muertos evitaban los locales de bronceado rápido, incluso en las películas de zombis, pero aquí, a pleno sol de mediodía, ¿cabía la posibilidad de que una piel muerta se bronceara? No me parecía correcto. A todos nos gusta pensar que los cadáveres son pálidos y espectrales, y una epidermis sana acariciada por el sol estropearía el efecto por completo.

Pero ahora oigo cerca un creciente coro de murmullos y preocupación: una puerta metálica se cierra con un golpe sordo, voces que das murmuran de manera perentoria, y por fin oigo el sonido que he estado anhelando todo el rato: el repiqueteo apresurado de pasos que se acercan. Se detienen a mi lado y una mujer lanza una exclamación ahogada y grita: «¡Nooo!» Por fin: un poco de verdadera preocupación por mi trágico estado. Una pizca melodramático, quizá, pero resulta conmovedor, y hasta sería emocionante, con tal de que Dexter tuviera un corazón capaz de sentir emociones.

La mujer se inclina sobre mí, y debido al brillante halo de luz solar que rodea su cabeza, no puedo distinguir sus facciones. Pero es imposible confundir la forma de la pistola que aparece en su mano derecha. Una mujer con una pistola. ¿Podría ser la querida hermana de Dexter, la sargento Deborah Morgan, que se ha topado con el cadáver de su querido hermano, trágicamente asesinado? ¿Quién si no podría mostrar tanto dolor por mí? Y existe auténtica ternura en su mano izquierda cuando la apoya sobre mi cuello para tomar el pulso: en vano, ay, o lo que se diga ahora en lugar de «vano». Su mano izquierda se aparta de mi cuello, alza la cabeza al cielo y dice con la mandíbula apretada: «Mataré a los hijos de putas que han hecho esto. Lo juro...»

Es un sentimiento que apruebo por completo, y de hecho parece muy propio de Deborah, pero no lo suficiente. Hay una fluctuación vacilante y musical en su voz, que mi hermana jamás permitiría.

No, ésta no es Deborah, sino una sosa imitación histriónica. Se parece todavía menos a mi feroz y malhablada hermana cuando añade, en un tono algo nasal y muy enfurruñado: «¡Maldita sea, Victor, cae una sombra sobre mi cara todo el rato!»

Un hombre que habla como si hubiera experimentado una fatiga tal que le ha llevado más allá de la exasperación humana grita: «Corten. ¿Dónde está el jefe maquinista?»

¿Victor?

¿El jefe maquinista?

¿Qué puede ser esto? ¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo puede producirse una reacción tan extravagante ante el trágico fallecimiento de alguien tan joven, dotado de tanto talento, tan profundamente admirado, al menos por mí? ¿Se trata de algún hipido cósmico, una alucinación demencial causada por haber atravesado el Velo y llegado al Más Allá? ¿Tal vez un confuso momento de transición a la Unidad con Todas las Cosas, mientras Dexter se desprende de la envoltura mortal y se dirige hacia el Último Viaje?

Y ahora la situación empieza a ser cada vez más extraña, cuando una escena surrealista de actividad frenética comienza a desplegarse alrededor de mi cuerpo. Docenas de personas, silenciosas y escondidas hasta ahora, saltan a la acera y se entregan a un frenesí furioso y concentrado, como si lo más natural del mundo fuera pasar junto a un Dexter empapado en sangre e imitar la actividad de un hormiguero. Dos hombres y una mujer pasan por encima de mi trágico cadáver y empiezan a forcejear con grandes luces montadas sobre un trípode, reflectores y haces de cable eléctrico, y es preciso preguntarse: ¿así acaba todo para todo el mundo? ¿No con un bang, sino con un cambio de luces?

Por desgracia para los descubrimientos metafísicos, hemos de esperar un poco más para responder a todos estos interrogantes tan interesantes. Porque hoy, en realidad, no es ese temido día preñado de infamia en que Dexter Muere. Se trata de un fraude muy pequeño e inofensivo: el Engaño de Dexter. Porque hoy Dexter ha hecho su entrada en el vertiginoso y acelerado mundo del espectáculo de alto nivel. Se nos ha deparado el gran y humilde favor de un verdadero

Trabajo de Interpretación, y hoy estamos actuando, interpretando un papel para el que hemos estado investigando toda la vida. Nos han contratado como extra, un cadáver de mentirijillas, un pequeño e inmóvil peón en el gran tablero de ajedrez que es Hollywood.

Y, ahora, la mujer que no es Deborah me da palmaditas en la cara y se aleja hacia su remolque, mascullando comentarios homicidas sobre aquellos que permiten sombras sobre su rostro casi perfecto. Todos los miembros del equipo se han sumido en sus misteriosas y enérgicas tareas, y por encima de todos ellos la voz fatigada de Victor canturrea una serie de órdenes cansadas, y después añade:

—Y tú has de ir al vestuario y asearte para la siguiente toma, ¿vale, Derrick?

—Soy Dexter —digo, al tiempo que me levanto de entre los muertos y me siento—. Con equis.

Victor no da señales de haberme oído, ni siquiera de reconocer mi existencia.

—Ya vamos retrasados tres días, tíos —gime—. ¿Podemos darnos un poco más de prisa?

No observo que nadie se dé más prisa, lo cual me parece muy justo. Al fin y al cabo, si Victor opta por ignorarme, no puede protestar si los demás le ignoran, ¿verdad?

Un joven elegante se ha materializado a mi lado y se acuclilla junto a mí, acompañado del distintivo aroma de una colonia floral.

—Muy bien —dice, mientras me palmea el brazo—. ¿Parecías muerto de verdad?

—Gracias —contesto.

Deja su suave mano apoyada sobre mi brazo.

—¿Vamos a asearte? —dice. Casi todo lo que ha salido de su boca hasta el momento han sido preguntas, hasta afirmaciones tan sencillas como «Hola, ¿mi nombre es Fred?». No tengo nada contra él, aunque estoy empezando a sospechar que a Fred le gustaría mucho que albergara algún resentimiento en su contra. Pero aun en el caso de sentir dicha inclinación, y de que estuviera disponible (cosa que no estoy), nunca saldría bien. Él es un simple ayudante de vestuario, y Dexter es Talento (¡lo pone en el contrato que firmé!), de modo que

me levanto con suma dignidad y me dirijo hacia el gran remolque ocupado por Fred y sus colaboradores. Mientras camino, medito, y tal vez la pregunta en sí es un tópico, un eco absurdo de la obsesión humana por encontrar sentido donde no lo hay. Pero mientras paseo la vista a mi alrededor y contemplo todo ese follón absurdamente caro, me la formulo de todos modos.

¿Cómo he llegado aquí?

1

Todo empezó plácidamente, hace tan sólo unas semanas, un día estupendo de principios de otoño.

Había ido en coche a trabajar, como hacía siempre, surcando la feroz carnicería que es la hora punta en Miami. Era un día luminoso y agradable: brillaba el sol, la temperatura se había enfilado hasta los veinte grados, los demás conductores hacían sonar alegremente sus bocinas y proferían amenazas de muerte, y yo me movía entre todo ello con la dichosa sensación de estar donde debía.

Había dejado el coche en un hueco del aparcamiento de la jefatura, ajeno por completo al terror indefinible que me aguardaba, de modo que entré en el edificio con una caja grande de donuts apretada contra mí y subí al segundo piso. Había llegado a mi despacho con puntualidad, a la hora acostumbrada. Y ya me había sentado en mi silla, con una taza de café nauseabundo en una mano y un donut de mermelada en la otra, y ni por un momento había pasado por mi cabeza que aquel día se desviaría de la plácida rutina habitual entre los recién fallecidos de Nuestra Hermosa Ciudad.

Y entonces el teléfono de mi escritorio empezó a zumbar, y como fui lo bastante estúpido como para contestar, todo cambió para siempre.

—Morgan —dije en el auricular. Y de haber sabido lo que se avecinaba, no lo habría dicho con tanto júbilo.

Al otro lado de la línea, alguien emitió un ruido gutural, y lo reconocí sorprendido. Era el sonido que el capitán Matthews producía cuando quería llamar la atención sobre el hecho de que estaba a punto de emitir una declaración importante. Pero ¿qué podía ser, incluso antes de haberme terminado el donut, y por qué hablaba por teléfono con un simple analista forense?

—Ejem, mmm..., Morgan —dijo el capitán. Y después se hizo el silencio.

—Soy Morgan —repliqué.

—Hay un... mmm... —dijo, y volvió a carraspear—. Tengo una misión especial. Para usted. ¿Puede subir a mi despacho? Ahora mismo. —Otra pequeña pausa, y después, lo más asombroso, añadió—: Mmm... Por favor.

Y colgó.

Contemplé el teléfono durante un largo momento antes de colgarlo. No estaba seguro de lo que acababa de suceder, ni de su significado. «¿Suba a mi despacho ahora mismo?» Los capitanes no encomiendan misiones especiales a analistas de manchas de sangre, ni tampoco vamos a sus despachos para alternar con ellos. ¿Qué estaba pasando?

Tenía la conciencia limpia (casi todos los objetos míticos lo están), pero de todos modos sentí una punzada de inquietud. ¿Podía significar problemas, tal vez un careo acerca de una prueba de mis Malvadas Costumbres que había salido a la luz? Siempre limpiaba concienzudamente (¡nunca dejes partes corporales!), y en cualquier caso había pasado bastante tiempo desde que había hecho algo de lo que valiera la pena hablar. De hecho, en fechas recientes había empezado a pensar que ya era demasiado tiempo, y durante las últimas noches me había dedicado a repasar mi pequeña lista de candidatos, con la intención de fijar una nueva Cita de Juegos. Mi último Encuentro Encantador había tenido lugar varios meses antes, y sin duda merecía otro muy pronto, a menos que me hubieran descubierto. Pero pensando en aquella maravillosa velada, no recordaba ningún desliz, ningún perezoso atajo, sólo una perfección inaudita. ¿Acaso Alguien había descubierto Algo?

Pero no: era imposible. Había sido meticulosamente pulcro, como siempre. Además, si hubieran descubierto mi obra, no habría recibido una cortés invitación para ir a charlar con el capitán... ¡y con un «por favor» añadido! Estaría mirando al Equipo Especial de Respuesta apiñado alrededor de mi escritorio, que me

estarían observando a través de sus miras telescópicas guiadas por láser, mientras me suplicaban que intentara algo.

Tenía que existir otra explicación más sencilla de por qué el capitán Matthews me convocaba al Olimpo, pero por más que me devané mis poderosos sesos, éstos no me aportaron nada más que una perentoria sugerencia de que me comiera el donut antes de presentarme ante la augusta presencia del capitán. No era una respuesta, en realidad, pero sí una idea práctica y buena, a la que siguió otra: daba igual lo que él quisiera. Era el capitán; yo era un analista de manchas de sangre. Él daba órdenes y yo las obedecía. Es lo único que sabemos en este mundo, y lo único que hace falta saber. Y así, mientras un coro que interpretaba «El deber me llama» se elevaba de mis gaitas mentales, me levanté de la silla y salí por la puerta, al tiempo que terminaba el donut.

Como era un capitán de verdad, y muy importante en el esquema general de las cosas, Matthews tenía una secretaria, aunque ella prefería que la llamaran ayudante ejecutiva. Se llamaba Gwen, y tenía tres virtudes que descollaban sobre cualquier persona a la que yo hubiera conocido jamás: era asombrosamente eficiente, insoportablemente seria e incomprensiblemente vulgar. Era una combinación deliciosa, y yo siempre la consideraba irresistible. De modo que, mientras avanzaba a grandes zancadas hacia su escritorio, y sacudía de las manos y los pantalones los residuos del donut, no pude reprimir la tentación de espetarle una ocurrencia.

—Hermosa Gwendolyn —dije—. ¡El rostro que lanzó a un millar de coches patrulla!

Ella me miró con el ceño algo fruncido.

—Te está esperando. En la sala de conferencias. Ve ahora mismo.

No había sido una ocurrencia fenomenal, pero Gwen no era famosa por su sentido del humor, de modo que le dediqué mi mejor sonrisa falsa.

—¡Ingenio y belleza! ¡Una combinación irresistible!

—Ve ahora mismo —repetió, con un rostro que parecía tallado en piedra, o al menos en un budín muy duro. Pasé junto a ella como una exhalación y entré en la sala de conferencias.

El capitán Matthews estaba sentado a la cabecera de la mesa, con su aspecto serio, viril y, al menos, casi noble, como siempre. Sentada a su lado estaba mi hermana, la sargento Deborah Morgan, que no parecía muy contenta. Muy pocas veces lo parecía, desde luego. Entre su Ceño Fruncido de policía, cultivado con tanto esmero, y su actitud general de vigilancia malhumorada, la expresión más alegre que había logrado componer en mi presencia era de consentimiento reticente. De todos modos, esta mañana parecía mucho más disgustada, incluso tratándose de ella. Volví la vista hacia las otras tres personas sentadas alrededor de la mesa, con la esperanza de descubrir alguna pista del malestar de mi hermana.

La persona sentada más cerca del capitán era el hombre que debía de ser el elemento dominante del grupo. Tendría unos treinta y cinco años y vestía lo que parecía un traje muy caro, y Matthews tenía la cabeza inclinada en dirección al hombre de una manera que era algo más que deferente y que se acercaba casi a la reverencia. El hombre me miró cuando entré, me analizó como si estuviera memorizando una hilera de números, y después se volvió con impaciencia hacia Matthews.

Sentada al lado de este individuo encantador se hallaba una mujer de una belleza tan asombrosa que, por un momento, me olvidé casi de caminar, y me detuve en mitad de un paso, con el pie derecho colgando en el aire, mientras la miraba boquiabierto como un niño de doce años. Me limité a mirarla, y no sabría decir por qué. El pelo de la mujer era del color del oro viejo, y sus facciones eran agradables y regulares. Y sus ojos, de un violeta llamativo, un color tan improbable y al mismo tiempo tan atractivo, que experimenté la urgente necesidad de acercarme más y estudiarlos de cerca. Pero era algo más que la distribución de sus facciones, algo invisible que sólo se sentía, lo cual la convertía en una mujer más atractiva de lo que era en realidad. ¿Una Pasajera Rutilante? Fuera lo que fuera, robó mi atención y me dejó indefenso. La mujer me observaba con una distante mirada risueña y la ceja enarcada, y me dedicó una leve sonrisa como diciendo: *Por supuesto, pero ¿qué más da?* Y entonces se volvió hacia el capitán, y me dejó en libertad

para acabar mi paso interrumpido y avanzar dando traspies hacia la mesa una vez más.

En una mañana de sorpresas, mi reacción ante la simple Pulcritud Femenina fue bastante exagerada. No recordaba haberme comportado nunca de una forma tan ridículamente humana: Dexter no Babea, al menos confrontado a la hermosura femenina. Mis gustos son algo más refinados, y suelen incluir un compañero de juegos escogido con sumo cuidado y un rollo de cinta americana. Pero esta mujer había logrado petrificarme, y continué mirándola mientras me dejaba caer en una silla al lado de mi hermana. Debs me saludó con un codazo en las costillas y un susurro:

—Estás babeando.

No era cierto, por supuesto, pero de todos modos me enderecé y reuní los restos de mi dignidad hecha trizas, al tiempo que paseaba la vista a mi alrededor en un intento de recobrar mi habitual compostura.

Había una última persona en la mesa a quien todavía no había detectado. Había dejado un asiento libre entre él y la Sirena Irresistible, y se apartaba de ella como si temiera que fuera a contagiarse algo, con la cara apoyada sobre un codo, plantado con naturalidad sobre la mesa. Llevaba gafas de sol de aviador, las cuales no ocultaban que era un hombre de una apostura ruda, de unos cuarenta y cinco años, con un bigote muy bien cuidado y un corte de pelo espectacular. No era posible estar seguro con las gafas de sol plantificadas sobre su cara, pero daba la impresión de que no me había mirado cuando había entrado en la sala con paso torpe y ocupado mi silla. Conseguí disimular mi inmensa decepción ante tamaña negligencia, y volví mi mirada acerada hacia la cabecera de la mesa, donde el capitán Matthews estaba carraspeando de nuevo.

—Ejem —dijo con cautela—. Puesto que ya estamos todos, mmm... Conque de todos modos. —Indicó a Deborah con un cabeceo—. Morgan —dijo, y me miró—. Y, ah, Morgan. —Frunció el ceño, como si le hubiera insultado al elegir un nombre que ya había dicho antes, y la mujer hermosa rió en silencio. El capitán Matthews se ruborizó y todo, algo que no había hecho desde el instituto, y

carraspeó una vez más—. Muy bien —dijo, con impresionante autoridad y una mirada de reojo a la mujer. Indicó con un cabeceo al hombre del traje impresionante—. El señor, ah, Eissen, representa, mmm..., a la BTN. Big Ticket Network. —El hombre asintió en dirección a Matthews con una exhibición muy deliberada de paciente desprecio—. Y, mmm..., están aquí, en la ciudad. En Miami —añadió, por si habíamos olvidado en qué ciudad vivíamos—. Quieren rodar una película. Un, mmm..., programa de televisión.

El hombre de las gafas de sol habló por primera vez.

—Un episodio piloto —dijo sin mover la cara, abriendo los labios sólo lo suficiente para revelar un cegador conjunto de dientes perfectos—. Se llama piloto.

La mujer hermosa puso los ojos en blanco y me miró, al tiempo que sacudía la cabeza, y me descubrí sonriéndole con gran entusiasmo, sin haber tomado una decisión consciente.

—Exacto —dijo Matthews—. Un piloto. De acuerdo. Y ésta es la cuestión. —Dio una palmada suave sobre la mesa con ambas manos y miró de nuevo a Deborah—. El señor Eissen ha solicitado nuestra colaboración. Que le vamos a conceder con sumo placer. Sumo placer —repitió, y cabeceó en dirección a Eissen—. Es bueno para el departamento. Imagen positiva y, ah, ejem. —Frunció el ceño una vez más, tamborileó con los dedos sobre la mesa, y miró a mi hermana—. Eso es lo que va a hacer, Morgan. —Frunció el ceño de nuevo y meneó la cabeza—. Y, mmm..., Morgan. Los dos.

Tal vez se debía a que no había terminado mi taza de café vomitivo, pero no tenía ni idea de qué estaba hablando. Por eso, como Dexter siempre ha sido muy espabilado, yo también carraspeé. Funcionó. Matthews me miró con expresión de sorpresa.

—Pero, exactamente, ¿qué debo hacer yo?

El capitán me miró y parpadeó.

—Lo que haga falta —replicó—. Lo que le pidan.

El señor Bigotes habló de nuevo, una vez más sin mover ningún músculo facial.

—Necesitoooo —dijo, alargando la palabra de manera innecesaria— saber Quién. Es. Usted.

Eso era todavía más absurdo que lo que Matthew había dicho, y no se me ocurrió una respuesta más penetrante que «Oh, ajá...» Debió sonarle tan poco convincente a él como a mí, porque se movió al fin, volvió toda la cabeza en mi dirección y se alzó las gafas de sol con un dedo que exhibía una manicura perfecta.

—He de observarle, ver lo que hace, imaginar una forma de ser usted. —Me enseñó sus dientes perfectos—. No deberíamos tardar más de unos días.

La mujer hermosa sentada a su lado resopló y murmuró algo que sonó igual que «Capullo...». Un leve tic de irritación despuntó en el rostro del hombre, pero por lo demás no le hizo caso.

—Pero ¿por qué? —pregunté, y como me gusta superarme, añadí—: ¿No le gusta ser como es?

La Diosa soltó una risita. El hombre se limitó a fruncir el ceño.

—Es para el papel —contestó, algo sorprendido—. He de investigar mi personaje.

Creo que mi expresión debía ser todavía de confusión, porque la mujer hermosa me dedicó una sonrisa deslumbrante que me estremeció y consiguió que me sintiera muy feliz de estar vivo.

—Creo que no sabe quién eres, Bob —dijo.

—Robert —refunfuñó el hombre—. Bob no.

—Hay gente que no ha oído hablar de ti, ¿sabes? —prosiguió ella, tal vez con excesiva dulzura.

—Es probable que tampoco sepa quién eres tú —rugió Robert—. A menos que lea los tabloides.

El señor Eissen, el hombre del traje maravilloso, tamborileó con un solo dedo encima de la mesa. Lo hizo sin ruido, pero todo el mundo guardó silencio y se enderezó un poco más en su asiento. Luego me dedicó una sonrisa microscópica.

—Robert —dijo, subrayando un poco el nombre, y añadió—: Robert Chase. —Sacudió la cabeza de una forma algo desdeñosa—. Robert es un actor famoso, señor Morgan.

—Ah, vale —dije, y dediqué a Robert un cabeceo cordial. Volvió a bajarse las gafas de sol.

—A casi todos los actores les gusta descubrir la... realidad... del papel que van a interpretar —dijo Eissen, como si estuviera hablando de un grupo de niños pequeños que estuvieran atravesando una fase desagradable, y me dedicó otra sonrisa condescendiente—. Jacqueline Forrest —continuó, con un gesto elegante de la mano para indicar a la mujer hermosa—. Jackie interpreta a una detective dura como una roca. Como la sargento Morgan. —Sonrió a Deborah, pero ella no le correspondió—. Y Robert interpreta el papel de un analista forense. Como usted, según nos han dicho. De modo que Robert le seguirá a donde vaya durante unos días, observará lo que hace y cómo lo hace.

Siempre he oído que la imitación es la forma de adulación más sincera, pero no recordaba que alguien hubiera añadido que la adulación era algo estupendo, y admito que no me sentí terriblemente complacido. No es que tenga nada que ocultar (ya lo he escondido todo), pero me gusta mi privacidad, y la idea de tener a alguien pisándome los talones y tomando notas sobre mi comportamiento era algo inquietante.

—Mmm... —dije, y fue estupendo oír que mi acostumbrada elocuencia saltaba a la palestra—, eso va a ser, mmm..., un poco difícil...

—Da igual —dijo el capitán Matthews.

—Podré aguantarlo —dijo Robert.

—Yo no —dijo Deborah, y todo el mundo la miró. Parecía todavía más cabreada que cuando yo había llegado, lo cual era todo un logro.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Eissen.

Debs sacudió la cabeza.

—Soy una policía, no una puta niñera —replicó con los dientes apretados.

—Morgan —dijo el capitán Matthews, y carraspeó y paseó la vista a su alrededor para ver si alguien había reparado en la palabrota.

—No tengo tiempo para esta mierda —continuó Deborah, utilizando otra palabrota—. Esta misma mañana se ha producido un

tiroteo en Liberty City, una sobredosis en la U* y una decapitación en el Grove.

—Caramba —dijo Jackie maravillada.

Matthews hizo un ademán desdeñoso.

—Eso no es importante.

—Y una mierda que no —replicó mi hermana.

Matthews sacudió la cabeza.

—Pásele a Anderson o a otro. Esto tiene prioridad —dijo, golpeando la mesa con los nudillos.

Y dedicó a Jackie su sonrisa más deslumbrante de macho amable. Ella le devolvió la sonrisa, lo cual pareció paralizar a Matthews durante varios segundos, hasta que una vez más Deborah rompió el hechizo.

—No es mi trabajo —insistió—. Mi trabajo consiste en detener delincuentes, no en hacer de canguro de una modelo.

Miré a Jackie para ver cómo se tomaba aquello. Se limitó a mirar a Debs admirada y sorprendida, y sacudió la cabeza poco a poco.

—Perfecto —dijo en voz baja.

—Su trabajo consiste en obedecer órdenes —replicó Matthews con severidad—. Mis órdenes —añadió, y miró de nuevo a Jackie para ver si la había impresionado. Pero ella no había apartado los ojos de Deborah.

—Maldita sea, capitán —dijo mi hermana, pero Matthews levantó una mano y la interrumpió.

—Ya basta —replicó con brusquedad—. Le ordeno ser la asesora técnica de esta gente. Punto. Hasta nuevo aviso. —Debs abrió la boca para decir algo, pero el capitán no se lo permitió—. Lo hará, y lo hará bien, y eso es todo, se acabó, fin de la discusión. —Se inclinó un poco hacia mi hermana—. Por cierto, Morgan, vigile su lenguaje, ¿de acuerdo?

La miró, y ella sostuvo su mirada, y por un momento sólo pasó eso, hasta que esta vez fue Eissen quien rompió el hechizo.

* Nombre que recibe familiarmente la Universidad de Miami. (N. del T.)

—Bien, asunto solucionado —dijo, y dibujó una sonrisa falsa para indicar que ahora todo el mundo estaba contento—. Gracias por su colaboración, capitán. Mi cadena se siente muy agradecida.

Matthews asintió.

—Bien, eso es, ejem. Y estoy seguro de que esto es positivo. —Me miró a mí, y después a Deborah—. Para todos —añadió, y fulminó a mi hermana con la mirada.

—Estoy seguro de que tiene razón —dijo Eissen.

—Esto va a ser impresionante —ronroneó Jackie.

Deborah no parecía estar de acuerdo.